

POCA SUBORDINACIÓN Y MENOS AMBICIÓN

Miquel Izard
Universidad de Barcelona

Pero si la copla cuenta del paisanaje la historia
ande el peón volteá la noria de las miserias sufridas
esa se queda prendida como abrojo en la memoria.
Atahualpa Yupanqui

1. Bárbaros y civilizados

Es peculiaridad del Occidente agresor de América que sus ideólogos, desde el principio, elaboraran dos discursos, uno sacralizador y ensalzador de la *gesta* y otro tergiversado: en todas partes la invasión fue dantesca y en desesperado intento de enmascarar el genocidio se llamó bárbaros a los asesinados y civilizados a los asesinos. Así lo hicieron los de los castellanos desde 1492 (ya perpetrado en sus agresiones a al-Andalus y Canarias) y, por supuesto, lo siguen pergeñando ideólogos contemporáneos.

Vicente de Santa María, pongo por caso, en *Relación histórica de la colonia de Nuevo Santander*, de finales del siglo 18, describía poblaciones, aún libres dada la resistencia ofrecida, del norte de la Nueva España, por lo que el fraile cargó las tintas de forma paradigmática: «brutalmente se propropagaban y mataban casi a un tiempo mismo; que entre sí se comunicaban de un modo cerril y salvaje [...] y es necesario confesar, porque ya es cosa sabida, que en este nuevo mundo y en sus provincias internas se propagaron y aún se propagan hombres cuya historia no puede extenderse sin que la especie humana no se sonroje y humille, mirando el caos de desgracias hasta donde puede ser precipitada y la abominable multitud de flaquezas de que es susceptible». Citaba características de este *barbarismo*, «La absoluta y total

desnudez, el uso común y público de las mujeres, los alimentos de carne *casí* cruda y de frutas silvestres, algunas de gusto asqueroso y asperísimo, los alojamientos, barracas muy mal construidas o las grutas y cañadas de los cerros, la residencia ninguna o vaga en el espacio de centenas de leguas, los más lúgubres y horribles teatros de sangre y de muerte en lugar de diversiones y alegría, la embriaguez y el hurto por ocupación casi diaria, el fraude y la alevosía por máxima y principio general eran en los habitantes de este país las costumbres en que nacieron y vivieron hasta los años de su conquista, sin que, aún en el día, estén del todo desarraigados de ellas» (94). Añadía, más adelante, «Lo que se hace más espectable en estos bárbaros es que todas estas naciones y otras muchas cuyos nombres nada interesan hablan idiomas enteramente distintos, lenguas sólo aptas para explicarse dentro de aquel pequeño círculo de necesidades que naturalmente deben rodear a los que sólo viven para vegetar, para sentir muy poco y para discurrir menos» (101). El listado de despropósitos no tenía fin, «En sus lutos o motivos de sentimientos por la muerte de alguno de los suyos [...] acreditan su pena de un modo tan extravagante, que en el resto del mundo tendrían ciertamente pocos imitadores» (110); y añadía, «En la caza de animales montaraces y de aves de agua acreditan un *algo* la astucia y ardidés en que el hombre es superior a todo género de brutos» (111).

Endilgaba a los aborígenes, abusivamente, peculiaridades, en realidad, de los agresores occidentales, «Esta ferocidad de corazones y serenidad monstruosa de ánimos con que estos salvajes ven a sangre fría [...] derramar la sangre de sus semejantes [...] es efecto infalible de la ninguna religión que les rige, de la ninguna ley que les gobierna y de la verdadera anarquía, en todo su sentido, en que nacen, viven y mueren; digan lo que quieran los filósofos de nuestro siglo; [...] es] absolutamente necesario que estos hijos de la naturaleza, tan decantados y pintados en el capricho de algunos con coloridos tan quiméricos, se precipiten sin tiro, sin luz y sin rienda hasta el último abismo de su miseria [...]. A más de la grosería, de la insensatez y de la feroz barbarie que hemos visto, se les encontró también en el principio de su reducción desnudos absolutamente de toda idea religiosa. Ni sabían lo que era adorar, ni habían llegado a su noticia prohibiciones o penas, delitos o virtudes. Se hartaban con impunidad [...] se engañaban con perfidia [...]. Se quitaban la vida con la misma indiferencia que verse existir y abusaban de sus mujeres con absoluta profusión y aún sin aquel impulso vivísimo y veheméntísimo que de no ser postergados en la línea de gozar, suele ser natural en los hombres./ En orden a creencias no se encontró resquicio alguno de que la tuvieran ni aún grosera [...]. Yo no dudaré que a los salvajes de estos países se les puede dar, rigurosamente, el nombre, más bien que de gentiles, de ateístas negativos y en todo sentido irreligiosos» (119-121). Reconocía que en los enfrentamientos entre distintas naciones, si se daban, «el choque se reduce más a gritos y deseos de destruirse que a conseguir el fin», pero añadía «entre esta multitud de naciones salvajes hay varias a quienes algún suceso feliz en su principio les hizo más vigorosas y astutas para hacerse temer de las demás» (126-128).

Por supuesto estos dislates debían culminar en concreto corolario: «estas naciones, digo, fronterizas a los países conquistados, no podían dejar de saber y ver los esfuerzos que hacían los conquistadores para inspirarles los sentimientos raciona-

les y humanos de que, congregándose en sociedades religiosas y civiles, abandonarían su vida errante y salvaje»; aseguraba que en tiempos del virrey Monterrey, 1595-1603, no sólo se habían construido fortificaciones, «para contenerlos», además se habían tomado todas las medidas «conducentes al fin de civilizarlos y atraerlos al justo vasallaje y conocimiento de la verdad» (151-153)¹.

Es similar el dictamen del maestro Cosío Villegas en un manual clásico de mediados de nuestra centuria. En capítulo «Los bárbaros de la frontera norte», hablaba de comanches, lipanes y otros cazadores de búfalos, enfatizando, «las autoridades anglosajonas que los recibieron en estado de barbarie, lograron someterlos, pero no educarlos». Refería como los civilizados solucionaron la cuestión comanche: convocaron los caciques en San Antonio para firmar tratado de paz, y «una vez reunidos, fueron conducidos a una gran cámara y fusilados en masa», y en esta línea «Pronto se distinguió por sus dotes de cazador el general Sheridan, quien allá por 1868, y al frente de 20 000 hombres *estupendamente* armados arrasaba rancherías y mataba comanches como si fueran hormigas». Insistía Cosío, «Acosados así, compelidos por la guerra y el hambre, en vez de tornarse sedentarios, de hacerse miembros pacíficos y sumisos de una 'reserva', los comanches prefirieron cambiar de suelo». Su llegada a Nuevo León y Coahuila supuso que autoridades y oligarquía mexicanas se ocuparan de la cuestión. Cosío tiene por «asaz benigno» plan propuesto por *El Monitor Republicano*: el gobierno abastecería a los comanches, ellos respetarían vida y hacienda de los norteños y se «obligarían a ceder sus niños a las autoridades de México. Estas, a su vez, internarían a los comanchitos en colegios, de donde saldrían convertidos en hombres *civilizados*». Pero las autoridades rechazaron tan *humanitario* proyecto y se inclinaron por el modelo Sheridan (176-177).

Al especificar la barbarie de estos *salvajes* Cosío, parafraseando al filólogo Francisco Pimentel, utilizaba argumentos parecidos a los del fraile dieciochesco, «[carecían de] verdadero gobierno, también en lo económico [tenían] costumbres ajenas a lo que se llama *civilización*, defendían, por ejemplo, la propiedad comunal, y querían que la tierra fuese de todos. Entre ellos, aún el animal cazado por un miembro de la tribu debe repartirse [...], practicaban la poligamia, y los matrimonios se disolvían fácilmente por voluntad de *cualquiera* de los cónyuges. Preferían la vida nómada a la sedentaria y *desestimaban* la agricultura. [...] la sabiduría comanche era escasa, pero

1 . Historiadores actuales sostienen el mismo parecer. Luis Navarro García, mencionando la intervención de los ópatas contrarrestando a los pueblos nómadas de la frontera norte de la Nueva España, dice «Y los ópatas habrán ganado para sí el haberse sumado a la causa de la civilización occidental a la cual acabarán incorporándose con voz propia y precisa, como corresponde a un pueblo que ha sabido elegir su *destino* en un momento crucial preñado de graves responsabilidades» (72). Y más adelante, «En 1625, el cacique Jocopillo se convirtió en adalid de uno de los innumerables y típicos movimientos independentistas y antieuropeos contra el reloj de la historia» (248); Navarro menciona a lo largo del libro cantidad de revueltas y una de los pueblo, 1680, «aterrorizó a las autoridades que temían se unieran ópatas y apaches, se detuvieron algunos sospechosos aborígenes, «llegando dos de ellos a pagar con la vida su *infidelidad*» (267). Similar es el parecer de Hernández Sánchez-Barba, «España deseaba realizar una acción eficaz evangelizadora y cultural sobre aquellos indios, causando precisamente, con sus constantes ataques y sublevaciones, de un latente y constante estado de guerra que tenía como consecuencia directa la ruina e inadaptabilidad del territorio para realizar en él grandes empresas» (170).

En este trabajo los subrayados son míos.

fue por largo tiempo eficaz, [...] no pueden ser catalogados como hombres religiosos, pues la fe ocupaba un lugar muy secundario en su vida. Cada individuo aspiraba a ser un cazador hábil y valiente, un verdadero héroe, pero no un santo» (178-180).

Los norteamericanos resolvieron la cuestión apache como habían solucionado la comanche; Cosío no vacila en calificarlo de «gigantesca cacería organizada por los anglosajones en la séptima década»; lo que también provocó que huyeran hacia el sur, llegando hasta Durango, y añade nuestro autor, «El general Howard, al colocar a sus hordas en una región colindante con México, hace de Cochise el *Atila* del Noreste, que descarga sobre Sonora con sus Chiricahues, una tormenta devastadora como la que asoló a Estados Unidos entre 1860 y 1870».² Los gringos los empujaron hacia el sur, les vendieron armas y otros pertrechos, y Cosío concluye el párrafo afirmando que los apaches tenían «un sentimiento de odio contra la población fronteriza de México, a causa de que nuestros soldados les hicieron la guerra sin respetar muchas normas» (185-190).

Mencionaba los pima, convertidos por los jesuitas a «la *civilización* europea, y sin dejar de ser estupendos guerreros, pronto se tornaron buenos cristianos y mejores agricultores»; pero los franciscanos, que sustituyeron a los jesuitas, no pudieron detener «la irrupción de los blancos en las pimerías, ni evitar que los pimas acabaran siendo siervos de los intrusos; un siglo después, casi todos los pimas han perdido la libertad. [...] Y] junto con sus tierras y su rango social, perdieron a sus mujeres, que por bien formadas, de busto erguido y buen palmito, limpias y sonrientes, eran muy *apreciadas* por los blancos». De forma similar, esclavos, terminaron los ópatas (200-204).

2. Nosotros antes subiendo al monte, bajando al llano, comiendo harto y no teniendo miedo.

Así empezaba el memorial de agravios de una aborigen - incitando a vengarse de los conquistadores - que un anciano transmitió al mencionado Santa María; la mujer habría añadido que ellos «correr por todas partes como venado y nunca morir con cuchillo ni con balazo. Mi marido y mi hijo morir; otro mi marido también morir; yo lo ví, tanta sangre, tanto susto, tanto llorar y yo no poder sanar» (123).

Ya nadie pone en duda la violencia de la agresión occidental a América (tanta como la de las demás colonizaciones) que provocó, entre otras condenas, una lapidaria de Tzvetan Todorov, «el siglo XVI habrá visto perpetrarse el mayor genocidio de la historia de la humanidad»³. Y una de las múltiples formas de resistencia a la misma fue la huida y la organización de sociedades cimarronas.⁴ La puertorriqueña, toda la

2. Véase, versión antagónica a la de la *Lal* (Leyenda apologética y legitimizadora), sobre los apaches en la traducción anotada por Manuel Sacristán de S.M. Barrett (ed.), *Gerónimo. Historia de su vida*, Barcelona, 1975, Grijalbo.

3. *La conquista de América. El problema del otro, México*, 2, 1989, Siglo XXI, 14.

4. Hasta hace relativamente poco se tenían, restrictivamente, por cimarronas sólo a las sociedades resistente de esclavos africanos fugitivos de las plantaciones. Estudios recientes están evidenciando sociedades cimarronas mayores y más extensas, resistentes y alternativas, formadas por gentes de todas las etnias, en una mezcla total hasta dar una nueva.

isla excepto San Juan, era totalmente desconocida; la del sur de las actuales Venezuela y Colombia era ignorada a pesar de que tanta gente sabía del Llano y de sus peculiares habitantes; la de la Pampa degeneró en el enmascaramiento de sus miembros, los gauchos, presentados como bandidos, o como estereotipo de la nación cuyas fuerzas represivas los aniquilaron; la que se extendía al norte del actual México ha sido tan menospreciada por la Historia Oficial que ni siquiera hay un gentilicio para sus habitantes; y la de la Costa Atlántica de la América Central fue camuflada o disfrazada. Ya hay estudios sobre las dos primeras.⁵ Siguen referencias a la cuarta y una aproximación a la última con datos ubicados en Berkeley, la Bancroft Library en especial, y en Managua.

El septentrión de la Nueva España era territorio de muchas naciones autosuficientes que, además, dieron cobijo a escurridizos y forajidos de todas las etnias, fugitivos de la violencia colonial. Para Santa María, «En las llanadas dilatadísimas que se extienden desde este país hasta la raya de la provincia de Texas y hasta lo más septentrional del continente, era incontable el número de naciones bárbaras que vagaban sin haber oído jamás algunas de entre ellas el nombre de las naciones conquistadoras de las Américas. A este número de gentiles se agregaban también, en los países inmediatos a las fronteras, muchísimos indios de los ya reducidos en las provincias vecinas, de León y Coahuila por el Poniente, de Tampico, villa de Valles, Huasteca y río Verde por el sur, que *apostaban* de la religión y *huían* de la vida civil y del rigor con que para reducirlos a ella se les trataba» (96-97).

Concretándose a los aborígenes del noroeste, afirmaba Cosío (204 y ss.) «ningunos eran tan salvajes como los serís», los misioneros no tuvieron mucho éxito con ellos pues, «se redujo su número y apenas su salvajismo, andando el tiempo se diría que eran irreductibles», quedaban algunos, finales del siglo 19, a pesar de que cien años antes se les declaró una guerra de exterminio. Sobre yaquis y mayos copiaba el parecer de Troncoso, su principal afán «es conservar su independencia de la raza blanca, vivir y gobernarse por sí mismos, con sus costumbres, sus usos y sus ceremonias». Añadía que los yaquis se alzaron, 1825, defendiendo su territorio, escogiendo como responsable a Juan Banderas; más tarde fueron carne de cañón para caudillos provinciales e insurgieron de nuevo, con los mayos, contra el plan liberal (capitalista o excedentario) de Benito Juárez. José M^a Leyva, Cajeme, exsoldado del ejército víctima de la recluta, dirigió la revuelta de todos los aborígenes de Sonora y en 1873 los nayarit - expulsados de su territorio por los hacendados - intentaron federarse con todos los indios de Jalisco.

Claudio Dabdoub pormenorizó las insurgencias yaqui.⁶ Las hubo en 1740 y en 1825, la segunda, federados con mayos y ópatas, duró más de cien años. Una apa-

5. Angel G. Quintero Rivera, «La cimarronería como herencia y utopía», en *David y Goliath*, Buenos Aires, 48(nov 1985), 37-57 y Miquel Izard, *Orejanos, cimarrones y arrochelados*, Barcelona, 1988, Sendai.

6. *Historia* 88 y ss. Obra enfocada con una óptica bien distinta a la de Cosío. Una vez más constatamos que puede haber más información en obras de creadores que en las de historiadores. Los yaquis, concretamente, llamaron la atención de Zane Grey que los menciona reiteradamente en cuentos y novelas.

rente debilidad de las tres naciones, en 1867, supuso que fuerzas gubernamentales les atacaran, de nuevo para despojarlos de su territorio, fusilar hombres, confiscar ganados, con la excusa de ser robados, y masacrar personas de todas las edades y sexos refugiadas en una iglesia. Durante esta larga guerra yaquis y aliados utilizaron la táctica que más adelante harían famosa quienes escogieron a Emiliano Zapata como responsable, «Mientras unos combatían, otros trabajaban dedicando parte de sus jornales a abastecer de provisiones, armas y municiones a los guerreros, a quienes luego relevaban; entonces los guerreros se transformaban en peones, reponiéndose de las fatigas y privaciones de la lucha» (140-141). La insurgencia estalló de nuevo, 1899, al no cumplir el gobierno lo estipulado en paz firmada en 1897, y desterrando mujeres y niños al Yucatán. Durante la revolución mexicana lucharon con otros insurgentes, «su intervención no se debió a su entusiasmo por los principios generadores de esta lucha, pero sí a su adhesión inquebrantable y persistente a los suyos propios que, en cuando menos un punto fundamental, coincidían con los de la revolución: la proclamación del derecho de los aborígenes a las tierras de sus mayores» (158-159).

Cosío mencionaba enfrentamientos con apaches en el noreste (190-200); 1826, se establecieron 24 compañías presidiales que decayeron por no pagarse los sueldos; 1832, impresionante insurgencia; 1848, ensayaron de nuevo colonias militares; 1868, los diputados de Nuevo León y Coahuila presentaron un proyecto de ley para la creación de colonias militares donde soldados/agricultores «defendieran la frontera de las invasiones bárbaras»; deberían haber sido treinta, formada cada una por cien jinetes, mitad soldados y mitad voluntarios de la región. En el mismo proyecto se especificaba que los colonos desertores perderían sus lotes de tierra y serían castigados a trabajos forzados. La falta de recursos supuso recurrir a otras naciones aborígenes enfrentadas con los apaches, los kikapoos procedentes de territorios oficialmente norteamericanos, y al vecindario; de nuevo se pensó en colonias militares en 1873.

Bonfil Batalla, en relación con los aborígenes, muy buenos jinetes, del norte, enfatizaba «el México independiente no los reconoce como naciones también independientes (y menos cuando hacerlo sería renunciar al control sobre las enormes extensiones de tierra que ocupaban): o son mexicanos y se someten a las leyes del país o son rebeldes que ponen en riesgo la soberanía nacional y, por tanto, enemigos y traidores a la patria. La nacionalización del norte es una nueva conquista, una nueva invasión con armas más potentes y argumentos puestos al día». Recuerda Bonfil que González Navarro informaba sobre recompensas a cazadores de indios: en Chihuahua, 1859, se pagaban 200 pesos por guerrero muerto, 250 por prisionero, 150 por mujer o niño vivo y 100 muerto, en 1883 los precios no habían variado, 250 por prisionero y 200 por cabellera. Se pagaba más por los vivos pues los compraban los gringos (150-151).

De las peculiaridades culturales de estas naciones podría destacarse, en primer lugar y por lo que respecta a la temática de este artículo, su carácter resistente y alternativo. Miguel O. de Mendizábal en sorprendente análisis publicado en 1930, opuesto a los planteamientos de Cosío, y que quizás por ello pensaría no debía utilizarse, subrayó el rechazo total a la explotación por blancos o mestizos. Tras recor-

dar que, como los del resto del Continente, recibieron amistosamente a los occidentales, mencionaba la destrucción del primer poblado castellano en el norte, San Jerónimo de los Corazones, y otras poblaciones y fuertes cercanos pues los cristianos robaban, violaban y asesinaban, pero enfatizaba, los aborígenes estaban irritados con los agresores, «no tanto por el hecho de que vivieran sobre el país sin trabajar en nada, sino por el estúpido despilfarro y aún la destrucción deliberada de los elementos de subsistencia» (115-116).

Mendizábal decía que Gálvez, siendo capitán general de los presidios, atribuyó el invencible rechazo de los apaches a deshonestidad española en sus primeros tratos, y añadía que lo mismo ocurrió con los seris; los jesuitas habían empezado a congregarlos pero, 1748, se les acercó el presidio de Petic y despojó de territorio para darlo a soldados y colonos; el gobernador de Sonora pensó sofocar la insurgencia deportando las mujeres a Guatemala, y añadía, «como consecuencia de este acto de crueldad [...] nunca prosperaron en lo adelante las negociaciones de paz que los españoles propusieron, espantados de la sangrienta lucha que habían promovido, pues la primera condición que ponían los seris para someterse era la devolución de sus mujeres, que ni las mismas autoridades responsables sabían a donde habían ido a parar» (123-124).

Más asombraron a los occidentales, de toda evidencia, rasgos culturales aborígenes antagónicos a los suyos. Según Mendizábal, entre las gentes de Sierra Madre y costa al norte del río Mocorito, «la autoridad prácticamente no existía, ni era necesaria. Poseían la tierra en común, practicaban el comercio en muy pequeña escala [...] y carecían de moneda y de estimación verdadera por los metales preciosos. Todos trabajaban por su mano y desconocían la prestación de servicios como no fueran de carácter amistoso o familiar; no acaparaban, porque no sentían aún la necesidad de la previsión: si las cosechas eran malas o las inundaciones destruían sus graneros, cazaban en las sierras y selvas cercanas, pescaban en el río providente o en el próximo mar y recolectaban [...] frutas] que se producían profusa y espontáneamente por todas partes [...]. No sentían la necesidad de protegerse individualmente o de proteger a sus familias, porque la comida de todos estaba a la disposición de cada uno [...] y porque en caso de morir los padres, los huérfanos eran disputados en todos los hogares y eran tratados como hijos por sus padres adoptivos./ Todos los cronistas están de acuerdo en declarar que las riñas dentro de la tribu eran desconocidas; no había querellas ni por asuntos de interés ni por motivos sexuales; las casas carecían de puertas, [y] las sementeras de vigilantes»(61-62).

Pérez de Rivas, jesuita que vivió largo tiempo entre los yaqui, los describía, 1650, de manera parecida,⁷ «en cuanto a su forma de gobierno, carecen de ella y de leyes precisas, dictadas por alguna autoridad. Sus caciques no lo son por derecho hereditario, sino por designación debida a su valor como guerreros, [...] por destacar como hechiceros hábiles u oradores inteligentes y de mucha elocuencia. Pero estos caciques o jefes principales no están investidos de autoridad soberana, sino que sólo pueden ejercerla para acordar cuándo han de hacer la guerra o la paz, cosa que no

7 . *Historia de los triunfos de nuestra Santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe*, editada en 1944 y citada por C. Dabdoub, *Historia*, 8-11.

hacen sin contar con su voluntad./ Para estos casos, u otros graves para la nación, convocan al pueblo a una como asamblea [...]/ Su conducta la norman por las costumbres tradicionales de la tribu, que observan tan fielmente, sin necesidad de coacción, que entre ellos no existe el robo, la mentira, el asesinato (entre ellos mismos), ni insubordinaciones, viviendo siempre en un ambiente de armonía.⁸ Hay entre ellos un gran respeto por sus mayores, cuya opinión en los problemas de la comunidad no deben ser discutidas con ellos por los jóvenes».

Característica cultural que mucho sorprendió a curas y frailes fue de nuevo el agnosticismo, los naturales tenían creencias pero carecieran de religión represiva; para Pérez de Rivas, «Aunque en algunos no se puede negar que había rastros de idolatría formal, [...] otros no tenían conocimiento alguno de Dios, ni de alguna deidad, aunque falsa, ni adoración explícita de señor que tuviese dominio en el mundo, ni entendieron que hubiese providencia de criador y gobernador de quien esperasen premio de buenas obras en la otra vida o castigo de las malas, ni usaban de comunidad de culto divino». Decía Mendizábal al transcribirlo que imposibilitó la tarea de los misioneros pues «la falta de culto colectivo, de sacerdocio jerarquizado y orgánico, traía por consecuencia el que cada individuo fuera, en cierta medida, el sacerdote de su propio culto y el intérprete de su religión y el juez de su conducta» (84 y 87).

Incluso los paladines de la *civilización*, al denigrar los *salvajes*, aportan información cultural, en apariencia negativa. El inefable Santa María explicaba así el control demográfico, «De este desorden en sus matrimonios [duraban lo que decidían los interesados] debe seguirse, como en efecto se ven, muy pocos hijos respecto de la multitud de siglos en que debieran estar estos países rebosando indios por todas partes, muchos más de los que estaban cuando fueron descubiertos» (107).

Los autosuficientes vieron incrementar sus posibilidades cinegéticas, alimento o montura, con vacuno y caballar europeos que escapados de las tierras de los conquistadores devinieron libres, montaraces u orejanos; suponiendo que de inmediato, en todas las fronteras, los explotadores les tacharan de cuatrerros. Mendizábal reproducía denuncias, contra seris y apaches, de un escritor anónimo de 1762 que el creía jesuita (105-106) y Domingo Lázaro de Arregui transcribía a mediados del siglo 17 el decir de nures, de Sinaloa y Nueva Vizcaya, «que adelante de sus tierras ay muchas vacas de Scivola más no dan razón de población de españoles».⁹

Los aborígenes cazaban orejanos y acogían en su santuario forajidos de la presión occidental, y, por supuesto, a otros indígenas. Lázaro de Arregui decía de los coras, «jente idólatra y gentil y que rrecogen los malhechores que se van a ellos. [...viven] sin que jamás ayan querido rrezevir la ley evanjélica ni dejado entrar los predicadores ni jente española, con lo cual se conservan en su jentilidad [...] suelen parecer los coras en unos altos peñascos sobre el río enfrente de Guaynamota quando ya ven que son sentidos, y de allí baldonar a los Yndios cristianos; y les llaman 'mu-

8. Con este mismo calificativo en la película *Danza con lobos* de Kevin Costner el protagonista sintetiza las peculiaridades de los sioux.

9. El manuscrito, fechado en Guadalajara 24/12/1621, *Descripción de la Nueva Galicia*, fue editado por F. Chevalier.

jeros de los frayles' y otras bellaquerías que algunos cristianos *fugitivos* y *apóstatas* de la fee que están entre ellos les enseñan» (84).

Para Santa María la esclavización de aborígenes sedentarios, casi total a mediados del 17, provocó la huida de muchos y «De estas continuas deserciones se seguía necesariamente, la mezcla y comunicación de los que se habían creído reducidos y de los muchos que estaban medio catequizados y bautizados, con los gentiles y bárbaros en el todo. Estos, naturalmente, escarmentados en sus semejantes, huían con mucho más esfuerzo que lo habían hecho antes y prestaban su ayuda a los apóstatas para que, por todos los medios que les sugería su barbarie, solicitaran su venganza. [Destruían haciendas, raptaban mujeres y niños]. En el año 14 de este siglo se puede asegurar que casi no había palmo de tierra en todo el Reino de León y aún en la provincia de Coahuila, que no estuviera enteramente dominado de los bárbaros y de los apóstatas». Añadía que la insurrección se extendió por todo el norte exponiendo el Nuevo Reino y que no se detendría hasta no se atacara la verdadera causa, el acoso y caza de aborígenes¹⁰. Según Navarro García los yaquis, ya en el 17, habían sido refugio de todos los descontentos de los pueblos de misión (245).

Para Mendizábal (128-129) fray Margil de Jesús intentó en vano convertir a los nayarit y pidió «despacho de general perdón de delitos y muertes que hubieran hecho en cualquier tiempo los indios coras y nayaritas y *los que a ellos se hubiesen refugiado*»; mientras Tomás de Solóchez, jesuita acompañante del general Gregorio Matías de Mendiolera cuando intentó someter, 1715, coras y huicholes, atribuyó las dificultades a que entre los indígenas «viven muchos *cristianos apóstatas* de todos los colores y jaeces, y algunos *esclavos fugitivos*; estos, por conservar la libertad de conciencia, inducen y aconsejan a los nayares a que no se conviertan, ponderándoles las vejaciones que han de padecer de las justicias seculares y de la sujeción de los ministros evangélicos». Investigaciones recientes dan más información al respecto, según Charles H. Harris peones encadenados por deudas en latifundios ganaderos huían y recuperaban la libertad acogidos por los aborígenes de la frontera.¹¹

10 . Añadía Santa María que «los gobernadores y los justicias subalternos no pensaban en abolir estos desórdenes por cuanto de las congregas o de la caza de indios, llamémosla así, se les seguía cierta utilidad en cierta contribución con que les gratificaban los vecinos protectores. El gobierno del virreinato y las leyes de la nación prohibían, con la mayor severidad, esta inobservancia tan reprehensible y escandalosa; pero la suma distancia de la corte y la poca disposición de los ánimos de los que debían obedecer, hacían que se enfriara el calor de los más vigorosos preceptos». Decía a continuación que «El bolsón de tierra enteramente despoblada y desconocida hasta entonces y donde ahora está situada la colonia, presentaba, tanto a los gentiles como a los apóstatas, la ocasión y lugar más oportuno para asegurar su retirada y para que en ella quedaran impunes todos sus delitos». En 1713 las autoridades de México pensaron podían ofrecer un perdón, así decían ellos, y crear una compañía volante de 70 plazas «cuyo destino fuera estar siempre sobre la defensa conteniendo los excesos así de los vecinos, especialmente los pastores, como de toda clase de indios». Una problemática como la del Llano, ganaderos acosando a aborígenes y cimarrones, enfrentó el mismo escollo, el pago de los cuerpos represivos. En 1715 las autoridades virreinales pensaron liquidar las congregas y crear resguardos con defensores de indios, lo que provocó el regreso de algunos fugitivos que volvieron a huir cuando el retorno a México del enviado, 1716, supuso que reinara de nuevo el acoso y la violencia. El enviado, Barbadillo, regresó y calmó la región hasta 1723. Mientras Madrid se debatía entre recurrir a la violencia o a la pacificación, el acoso francés en la costa, desde 1717 intentaban penetrar en Texas, facilitó nuevas huidas en masa (153-178).

11 . *A Mexican Family Empire. The latifundio of the Sánchez Navarro, 1765-1867*, Austin, 1975, University of Texas Press, 227 y *passim*.

En el laboratorio en que los occidentales convirtieron las Indias, buscando como implantar una sociedad totalmente excedentaria, fue cada vez mayor la violencia, provocando una resistencia cada vez más contumaz,¹² en especial en fronteras donde se consolidaban sociedades alternativas formadas precisamente, lo acabamos de ver en el norte de la Nueva España, de la mezcla de aborígenes y gentes de otras etnias. La violencia colonial y la defensiva crecieron en espiral contagiosa empozónándolo todo y provocando - si no el sistema no habría subsistido - enfrentamientos entre los resistentes. El jesuita Eusebio Francisco Kühn, mal llamado Kino, en sus *Favores celestiales de Jesús y de María Santísima y del Glorioso Apóstol de las Indias, Francisco Javier*, decía «Hallamos a los hijos Pimas de Quiburí muy joviales y muy amigables y que estaban bailando las cabelleras y los despojos de quince enemigos Hocomes y Janos que pocos días antes habían matado, *cosa que nos fue de tanto conzuelo*, que el señor capitán Christobal Martín Bernal, y el Señor Alférez y el Señor Sargento y otros muchos entraron en la rueda y bailaron gustosos en compañía de ocho naturales».¹³

El desasosiego social aumentó en México desde la independencia. López Cámara, uno de los pocos interesados, menciona «desocupados, mendigos y vagabundos», multitud en las ciudades, porque, lo malicio, como en el resto del mundo capitalista, fueron expulsados de sus comarcas rurales por la modernización agraria, sin darles lugar en el mundo urbano al que eran abocados; él los tenía, en efecto, por campesinos desarraigados. Llamados también léperos, llegaron a representar, como en Venezuela, un cuarto de la población capitalina y se veían empujados al robo, juego, mendicidad o prostitución; fueron carne de cañón en ejércitos, asonadas o motines. Evoca López otra consecuencia, el bandolerismo (12-19).

3. La cimarronera de la Costa Atlántica

Si en la futura Nicaragua la violencia de los agresores fue dantesca,¹⁴ Pedrarias Dávila devino emblemático: uno de los conquistadores más escamoteados y camuflados por la **Lal** a pesar de (o quizás precisamente por) ser la suya la primera empresa

12 . Bradford E. Burns, *The poverty of progress. Latin America in the nineteenth century*, Berkeley, 1980, University of California Press, 183, da notable cantidad de referencias evidenciando que la situación material de los explotados empeoró con el transcurso del tiempo y fue peor en el 19 que en el período colonial. Véase también Bonfil Batalla, *México profundo*, 103-105 y *passim*.

13 . Citado por Mendizábal, *La evolución*, 124-125.

14 . David R. Radell, por citar un sólo autor, trabajó monográficamente lo ocurrido en la etapa que yo llamo de esclavización y despilfarro. Sostiene que el tráfico de aborígenes hacia las islas, Panamá o Perú, fue la principal actividad económica en el segundo cuarto del 16. Calcula que entre 1527 y 1536 se vendieron, al exterior, 448 000 personas y menciona quejas de gobernadores por los indios extraídos sin licencia que, posiblemente, no salen en las estadísticas oficiales; estima, entre 1527 y 1548, unos 500 000 aborígenes fallecidos de enfermedades o en la conquista o huidos de la provincia, supongo hacia la Costa Atlántica, impenetrable para los agresores, y unos 250 000 que consiguieron camuflarse en las tierras altas centrales. Resumiendo, la población aborígen pasó de 1.000 000 a 10. 000 entre 1523 y 1583, quedando reducida al 1%. «The Indian Slave Trade and Population of Nicaragua during the Sixteenth Century», en William M. Deneven, ed., *The native population of the Americas in 1492*, Madison, 1976, University of Wisconsin Press, 67-76.

militar de conquista organizada como tal por la Corona, 1514.¹⁵ El profesor mexicano, Pereyra, sostenía, «Es fácilmente explicable el gran número de *caballeros* que fueron o quisieron ir con Pedrarias. Acababa de disolverse una expedición a Italia, bajo las banderas del Gran Capitán».¹⁶ Melón y Ruíz de Gordejuela, al contrario, era taxativo en manual publicado diez años más tarde; decía de Ayora, capitán de Pedrarias, «llevaba instrucciones bien precisas, con la especial recomendación de tratar bien a los indios [...] sin embargo, no se ocupa en otra cosa sino de saquear el país, cayendo de sorpresa en todas partes como una bandada de langostas o de forajidos. Los tres cronistas, Pedro Mártir, Las Casas y Fernández de Oviedo, están conformes en atribuir a Ayora y sus gentes las mayores tropelías». Dado lo denunciado entonces y lo que sabemos ahora, sorprende el parecer de Gasteazoro Rodríguez, «La personalidad histórica del gobernador no ha sido grata a la historiografía americanista, tanto para los cronistas coetáneos como para los autores modernos. Empero, varias razones podrían considerarse como posibles para explicar tal deformación»¹⁸.

Por su parte el militar carlista J. E. Casariego, citando al nica Pablo Antonio Cuadra, dice de las Casas, fue «el primer español enemigo de España y, por lo tanto, el primer enemigo de los indios», y añade que basándose «en la teoría liberal de la bondad natural del hombre, hubiera deseado la conquista de América como una campaña electoral y que la religión fuese aceptada por un plebiscito de salvajes», las Casas rechazó la conquista de la Costa Atlántica y desbarató una expedición, «La costa atlántica no fue conquistada. Aún no lo ha sido. Gracias a su caridad insensata, los indios son allí todavía indios y vagan en la barbarie, esperando la Hispanidad».¹⁹

Agresión y colonización fueron, en Centroamérica, tan violentas como en todas partes y entre los acimarronados de la Costa Atlántica, buena parte huyendo de ellas, el recuerdo ha permanecido hasta ahora. El inglés Hodgson mencionaba hacia 1757

15. Véase un apretado resumen, mencionando datos, escamoteo, sinembargistas y la grotesca tesis de Álvarez Rubiano en «Silenciadores, sacralizadores y legitimizadores», apartado de mi «Hombres aunque indios», en P. García Jordán y M. Izard (eds.), *Conquista y resistencia en la historia de América*, Barcelona, 1992, Universitat de Barcelona, 455-458.

16. Carlos Pereyra, *Las huellas de los conquistadores*, Madrid, 1942, Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 14. Por su parte Eric L. Jones (*El milagro europeo*, Madrid, 1990, Alianza, 327) recuerda que Castilla, conquistada Granada, tuvo que ocupar su ejército *reconquistador* (118); primero se agredió el Magreb, después Italia y al final se desvió a la conquista de los estados de las Indias.

17. *Los primeros tiempos de la colonización. Cuba y las Antillas*, tomo VI de la *Historia de América*, Barcelona, 1952, Salvat, 377. El autor es tajante en otras informaciones, así «En las expediciones mencionadas, y otras, no se procuraba más cosa que traer abundante botín [... por escasez de oro] se apoderaban de los indios para venderlos como esclavos [...]. Esta política de desenfundada avaricia acabó por ser alentada desde las esferas del poder y gobierno» (381-382), o «Gaspar de Morales, hombre sanguinario que gozaba de particular estimación cerca de Pedrarias Dávila [...] saqueando y matando indios [...]. Poco después Morales obtenía licencia para regresar a España, sin recibir el digno castigo que sus atrocidades demandaban» (391-392), o todavía «Lamentable en todo extremo fue la expedición de Espinosa [...]. Francisco de San Román, un monje que acompañó a la expedición de Espinosa, decía más tarde en España que él había visto pasar por las armas o devorar por los perros a más de 40 000 indios» (409).

18. En Manuel Lucena Salmoral (Coor.), *Historia General de España y América*, Madrid, 1982, Rialp, VII, 262.

19. *Grandeza y proyección del Mundo Hispánico*, Madrid, 1941, Editora Nacional, 330. Prólogo del Excmo. Sr. D. Pío Zabala y Lera (rector de la Universidad de Madrid), Epílogo de Carlos Pereyra. La cita en 146-147.

la hostilidad de los miskito con los españoles, los atacaban reiteradamente, y añadía, «Su extraordinaria aversión a esa nación no puede ser fácilmente explicada [...] en la medida que no tienen memoria de su extraordinaria inhumanidad en aquellas partes del mundo, a no ser que imaginemos que aunque tales memorias se hayan perdido sin embargo han alimentado un rencor hereditario tan fuerte que su semblante se altera visiblemente cada vez que los españoles son mencionados, y siempre prefieren morir antes que dejarse hacer prisioneros por los españoles» (78). Cien años después el ingeniero francés Levy aducía «tres siglos de ocupación inepta, de sumisión a un régimen colonial tan absurdo como tiránico [...con un listado de gobernadores] que comienza por Pedrarias, quien mandaba a acuchillar provincias enteras, y arrojaba doncellas a comer a sus perros hambrientos después de haberlas violado» (123-124). Alberto Medina, en sus *Efemérides*, anota, 16 de junio de 1528 y León, 18 aborígenes, acusados de rebelarse contra su encomendero, condenados por Pedrarias a morir peleando con mastines, «que los españoles tenían amaestrados para cazar indios, tan feroces como cualquier felino de la selva»; Medina añadía «El hecho recuerda los tiempos en que el César romano echaba a los cristianos a morir entre las garras de las fieras» (126).

Sherman estudió la esclavitud indígena en Nicaragua, enfatizando sus excesos; no sólo se infringían las leyes de Castilla, lo hacía el mismo oidor encargado de hacerlas cumplir; Maldonado, antecesor de Cerrato, fue acusado por éste, de tener 250 esclavos y 50 indios en su casa, en servicio personal, acarreado agua, leña o forraje, y añadía Cerrato, «¿Y de que manera los tamenes [como mitayos] van a favorecerse de un oidor que tiene 800 tamenes en las minas, y que incluso sus perros son cargados por tamenes?». Para Sherman «los indios de encomienda estaban tal vez en peores condiciones que algunos [indios] esclavos, porque las medidas que demandaban la libertad de aquéllos injustamente esclavizados no hacían mención de los detenidos en encomienda»; y añadía «con los oficiales reales de más alto rango explotando a los nativos de esta manera, difícilmente podían detener a los vecinos de hacer lo mismo» (64). Así, a pesar de la denuncia, el oidor Maldonado fue propuesto para la audiencia de Santo Domingo y el cabildo de Santiago [de Guatemala], 6 de mayo de 1549, oficiaba al rey «sabed V.M. que los esclavos de esta ciudad y pueblo han sido - y son - tratados con tanta bondad que gozan de una libertad tal que es excesiva; porque los dueños no tienen otro cuidado más que velar porque cultiven algunos plantíos para ellos mismos y para sus amos, con una utilidad muy moderada. Tienen libertad de ir donde deseen y regresar cuando les parece. Comprenden y saben la doctrina a plenitud. Toda esta libertad proviene del extremado cariño que les tienen sus amos que no los consideran esclavos, sino verdaderos hijos./ Os aseguramos V.M que ningún precio haría que un español renunciase a alguno de ellos, tal es el cariño que se les tiene, y hay muchos que, si los hubiesen querido vender habrían recibido por ellos 7, 8 o incluso 10 000 pesos» (70).²⁰

20. Mario Góngora, *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme (1509-1530). Fisonomía histórico social de un tipo de conquista*, Santiago, 1962, Universidad de Chile, 149, menciona explícitamente la esclavización llevada a cabo por Pedrarias y su gente (20-41), el precedente al final de la reconquista con la intervención de patronos de corso como el duque de Medinasidonia, que actuó en la Península y en aguas atlánticas y en las conclusiones enfatiza, comparando con los finales del medioevo, «Lo que es propio de estas fronteras es la esclavitud. Todavía, en la guerra contra los musulmanes, la esclavitud o el rescate son alternativos, más ya no cuando se trató de canarios y aborígenes americanos» (103-104).

El naturalista sueco Bovallius, viajó hacia 1882, también detectó mal recuerdo de la conquista lo que explicaría la colaboración de miskitos con piratas. Decía de naciones aborígenes aniquiladas, «cuando uno lee las descripciones de los últimos días de estas tribus, se encuentra uno tentado a afirmar que en cuanto a cultura eran enteramente comparables con la nación que con sus bandas de aventureros y sangrientos saqueadores - honrados en la historia con el nombre de conquistadores - tomó sobre sí la pesada responsabilidad de la destrucción de esta civilización. Y esta cultura fue arrasada tan rápidamente, y de manera tan completa, gracias al vandalismo fanático de los sacerdotes 'cristianos' y de los hechos sangrientos de sus brutales soldados que la historia no puede encontrar otro ejemplo semejante» (39-41).

Para Salvatierra las crueldades de Pedrarias y sus sucesores habrían imposibilitado «colonizar» a los sobrevivientes refugiados en el este. Y en 1604, y nuevamente en 1607, las autoridades de Guatemala fracasaron al recurrir a franciscanos para penetrar por el río Segovia o Coco; regresaron, 1611, acompañados de soldados, detuvieron un joven y «le ataron la mano izquierda a la cintura, lo clavaron por la mano derecha en el tronco de un árbol con un clavo de herradura y varios clavos más [...]». Al encontrarlo los de su tribu en este estado, ya muerto, estallaron en una cólera que no se aplacó jamás. De generación en generación se trasmitían el recuerdo de la crueldad [...]. El rencor [...] se volvió eterno en los indios»(5-7).

Defendiéndose y vengándose, cimarrones de la Costa Atlántica atacaron reiteradamente el vecino territorio sometido por los castellanos, de forma aislada o colaborando con corsarios.²¹ Germán Romero ha pormenorizado el antagonismo en la

21 . He confeccionado un listado con la información aportada por el trabajo del Instituto de Estudios del Sandinismo 99 y ss, y Jenkins, *El desafío*, 26-29.

año	acción
1643	vs Matagalpa
1654	Saqueo Nueva Segovia
1665	vs Granada
1670	vs San Carlos
1688	vs Nueva Segovia
1703	vs Ciudad Vieja
1704	vs Valle de Segovia. Miskitos e ingleses
1707	vs Matina y haciendas de Rivas
1708	Miskitos invaden distrito de Chontales
1709	Incursión por el río San Juan
1710	vs haciendas de Chontales, toman rehenes
1711	Incursión por el San Juan, haciendo muchos prisioneros
1716	vs Loviguisca en Santo Tomás, Chontales
1724	vs Matina. Se llevan cacao y rehenes
1726	vs Loviguisca, Chontales
1740	vs Realejo
1743	Incursión por el Coco vs Jinotega. Saqueo y rehenes
1747	vs Cévago, Chontales
1749	Miskitos e ingleses vs Camoapa y Boaco, Chontales
1750	vs haciendas de Cuapa y Lovago
1751/62	Repetidas incursiones vs Matagalpa, Jinotega, Chontales, Lóvago, Azoyapa o Muy Muy
1782	vs Chontales
1814	vs Matagalpa, caribes y miskitos

frontera, compañías de milicias estaban acantonadas al este, cerca de las montañas segovianas, Matagalpa y Chontales. En esta misma frontera el control castellano era tenue, un corregidor manifestaba, 1726, haber visto, en su visita, pueblos de dos mil indios, de los que «mil quinientos vivían en los bosques, invitados por su cercanía», cualquier intento para acabar con esta población errada fue inútil, en cuanto se conocía la llegada de los españoles, se introducían en las espesuras impenetrables (37 y 41). Contrataques de los cimarrones se incrementaron en la segunda mitad del siglo 18; en Boaco, sorprendida al amanecer del 21 de diciembre de 1749, los miskito robaron, incendiaron y se llevaron 105 personas, así como el tributo, ya recogido. Los restantes, que debían alimentar y soportar a los soldados cuando venían para hacer entradas, abandonaron sus tierras y se instalaron más al oeste (123-124).

En apartado, «La marca de la Nicaragua colonial» (330-342), Romero distingue tres zonas de frontera: Las Segovias, no fueron atacadas por acoger milicias de negros y mulatos, instaladas, finales del 17, en El Júcaro y Jalapa. La segunda, los actuales departamentos de Matagalpa y Jinotega, asolados un par de veces. La tercera, Boaco y Chontales, atacada unas ocho veces por caribes, miskito o zambos. Miembros de aquellas milicias eran, a la vez, agricultores, gozaban cierta autonomía y algunos privilegios sin los que no habrían aceptado tarea tan peligrosa.

4. La gente

De las naciones y personas que formaron la cimarronera hay que mencionar primero a los que ya estaban: Rama y Sumo, según Floyd de cultura chibcha, que, junto con caribes, rechazaron, total y decididamente, la agresión, del Orinoco al Yucatán, incluyendo las islas, deteniendo, por un tiempo, la penetración de los occidentales. Otros como los guatusos, todavía más refractarios y desconocidos, fueron un misterio y fuente de distintas consejas. Según Belt, 1873, vivían a lo largo del río Frío y tenían facciones arias, cabellos claros, construyeron grandes ciudades y poseían cantidad de joyas de oro. Para Levy descendían de mestizos fugitivos de dos poblaciones del este, Aranjuez y Garavita, que aprovechando un ataque pirata a finales del 18 recuperaron la libertad. Para Bovallius en el interior, a lo largo de los ríos Bluefields, Grande y Coco vivían otras naciones de las que nada se sabía, ni de sus costumbres. Los miskito, dada su exogamia, se emparejaron con gentes de naciones, e incluso etnias, distintas, africanas, pero también europeas, dando lugar al grupo mestizo más conocido y mayor de la región, creció, a lo largo del tiempo, mientras otros menguaban. Según Mora, 1743, había en el interior naciones caribes, por ningún blanco conocidas, hasta que pasó «montaña adentro cuando fuí contra ellos y otros enemigos que con ellos trajinan» (44).

Así, buena parte de la gente eran simplemente aborígenes, huyendo de agresión y violencia castellanas se trasladaron de la costa del Pacífico a la del Atlántico.

co. Mora mencionaba los del poblado Yasica, en la montaña, «palenque» formado por «indios tributarios de los pueblos de afuera [que un extranjero llamado Pedro Alemán, 'amancebado con indias casadas'] tiene sin pagar el tributo y viviendo vida de alarbes» (49). Otros escaparon de la masacre de Pedrarias o a lo largo del período colonial aprovechando, pongo por caso, frecuentes ataques piratas, cruzando el Istmo o subiendo el río San Juan. Así el asalto de Morgan, 1665, facilitó la insurgencia de mil aborígenes que destruyeron siete iglesias y conventos. Según W.M. una expedición del capitán pirata Wright, 1675, tras saquear Segovia, cruzó la actual Nicaragua siguiendo el río Wanks, «guiados por los indios cogidos a los españoles» (52 y 55).

Zurita transmite un rechazo anterior, de 1545. Unos hermanos Gutiérrez capitularon con Carlos I: podían exigir oro y alimentos de los autóctonos; pidiendo cada vez más provocaron, según el cronista Sánchez Botero, al cacique que una noche «apellidó la tierra, e confederose con otros caciques e indios de las comarcas y quemaron sus propios pueblos y sus haciendas y maizales y pasaron a la otra parte de la tierra»; seguidos por los castellanos, los derrotaron. Los cimarrones perfeccionaron, según Zurita, su táctica guerrillera a la vez que recibían de ingleses y otros europeos armas, en especial de fuego. Al final de su gestión el corregidor Folch de Cardona, 1785, se acercó a rebeldes apodados «montaraces». Sofía Montenegro cita revueltas y enconada resistencia, ensayo castellano de guerra sin cuartel al cazarlos como al principio, asesinato de recalcitrantes, con Compañías de Conquista, «destacamentos de cacería que iniciaron el ataque contra los indios que llamaban 'cimarrones', caribes y fugitivos de las encomiendas (87).

Para Romero, la huida de naturales - llamados vagos o vagamundos - de la Nueva Segovia, supuso su abandono. Mercedarios «entraban» en las montañas, 1608, para «reducir» indios, pues «lo que éstos más temían eran los malos tratos inflingidos por los españoles a los indios dominados» y se quejaban de que les hicieran trabajar tanto a cambio de nada. Se ensayó, siglo 18, recurrir de nuevo a misioneros para recuperar las montañas de Matagalpa y Chontales; y también a militares, provocando posiblemente nuevas fugas hacia el este, entre otras razones porque los soldados vivían sobre el terreno y los aborígenes debían alimentarlos y soportarlos, dándoles maíz, carne, caballos o guías, lamentando que «todo esto habría sido más en daño de nosotros que en provecho de ninguno». Los escurridizos podían defenderse atacando (62-63 y 123-124).

Esclavos africanos, los he aludido indirectamente, fueron otro elemento considerable. Por su misma procedencia aparecen envueltos en la leyenda; la referencia más antigua es de W.M., describiendo el río Dorado, ahora Coco, mencionaba, en sabana cerca de la desembocadura, un tal Garret, de la Guinea, que hacia 1659 había sobrevivido al naufragio de un barco negrero. Un informe de Antonio del Castillo de 1724 (Zurita, 104), afirmaba que la zona del cabo Gracias a Dios tenía una población miskita de 1 000 personas, «El número de hombres de armas [...] es de 800 [...] y además de estos hay como 300 hombres de varias calidades, los más son negros y mulatos prisioneros, o que mal hallados con sus amos se han refugiado allí». Bovallius aludía a cantidad de esclavos africanos refugiados y mezclados con algunas naciones aborígenes dando lugar a los

zambos.²² Para Beltrán parte de los esclavos africanos llevados por ingleses a la Costa Atlántica desde principios del 18 huyeron hacia el interior, hallaron refugio entre jícaros y payas con los que se cruzaron; proliferaron y dieron lugar a los miskitos. Según Conzemius algunos habitantes de Bluefields, Pearl Lagoon, San Juan del Norte, Corn Island, San Andrés y Providence eran *creoles*, descendientes de negros y mulatos, en parte traídos de Jamaica como esclavos en el 18, mestizados con miskito y ramas²³. Añadía, recientemente (publicó en 1932) han llegado morenos y mulatos de las Antillas británicas y francesas, del resto de Centroamérica y de Colombia, de habla castellana.

Según curiosa versión, muy extendida, los esclavos descendían en su totalidad de los sobrevivientes de una embarcación de la trata. Gámez (59) hablaba de un buque inglés naufragado, 1651, en los bajos del Gracias a Dios; un informe oficial del oidor Melgarejo, dice que poco tardaron en confraternizar con aborígenes y cruzarse con ellos; para Gámez también llegaron esclavos fugitivos de las colonias españolas próximas y de los establecimientos de piratas y corsarios. Wilson recoge diversas variantes y discrepancias con posible explicación, más de un naufragio (80-81).²⁴ Hooker menciona dos naves danesas, cargadas con 900 negros de ambos sexos, atracaron en la Costa Atlántica por amotinamiento, 4 de marzo de 1710, se repartió carga, marfil y dinero, y liberó los esclavos; después de quemar las embar-

22. Fue frecuente que esclavos fugitivos encontrarán acogida entre los aborígenes, hay referencias generales en *Sociedades cimarronas* de Richard Price (comp), México, 1981, Siglo XXI, 333, (así 41 o 62); Mario Góngora (*Los grupos de conquistadores en Tierra Firme, 1509-1530*, Santiago, 1962, Universidad de Chile, 149), menciona de hacia 1529 alianzas de indios y negros cimarrones, prófugos en la selva, en el futuro Panamá (32), según José gabriel Navarro, *Los franciscanos en la conquista y colonización de América (fuera de las Antillas)*, Madrid, 1955, Cultura Hispánica, 178, fueron frecuentes las alianzas entre indígenas de la sierra de Talamanca (actual Costa Rica) y negros zambos, se pensó en misioneros para evitarlo, en 1737 el Procurador general de las Provincias de Indias, presentó un memorial al rey, sugiriendo se tomaran medidas acordadas en 1725, «antes que los bárbaros, unidos con los zambos, declaren a los españoles una guerra que costaría mucha sangre y mayor dinero, como ya habían dado ejemplo, en varias ocasiones, en que se llevaron pueblos enteros de indios católicos en toda la costa desde Campeche hasta Portobelo» (48 y 50-51) y según Leiva Vivas (15) Ovando rogó a la Corona en 1503 que no enviase a La Española más negros porque huían, se juntaban con los aborígenes y les enseñaban malas costumbres.

23. Ray Hooker amplía la información sobre Providence; en 1631 una compañía privada inglesa estableció allí una colonia, diez años más tarde la isla tenía 770 habitantes, de los que 350 eran esclavos africanos, que se amotinaron en 1638 y 1639; por otra parte los administradores habían previsto depositar a los africanos en cabo Gracias a Dios si eran atacados por los españoles, lo que hicieron efectivamente en 1641. Los documentos hablan de los blancos de la colonia pero no de los morenos y varios autores sugieren que el reiteradamente mencionado naufragio pudo ser de los esclavos de la isla. Hooker piensa que es importante señalar que en 1633 una expedición de Providence había descubierto las riquezas naturales de la Mosquitia y «despertó el interés por el comercio regular con los indígenas».

24. fuente	bandera	año	otros
Belt	holandés	c 1700	
Conzemius	portugués	1641	camino del Brasil
De Kalb		1650	
Hodgson	holandés	1757	
Hooker	inglés	1650 o 1652	
Melgarejo	inglés	1652	informe fechado en Guatemala, 3/04
Young	holandés		procedente de Samba
otros	español	1715	con destino a Cuba

caciones, los amotinados, contrataron pescadores de Jamaica, abundaban en la Costa, para que los llevaran a Porto Belo. Hooker añadía alguna dato más, plantaciones inglesas de azúcar y añil, con mano de obra esclava en la Costa y las vinculaciones de los miskito, no sólo con Jamaica, sino también con Honduras Británica.

También se mencionan caribes negros, garífes o garifonas. Para Levy venían de Trujillo, Honduras, descendientes de los últimos caribes antillanos refugiados en la isla de San Vicente desde mediados del siglo 17. En 1792, ya mestizados con esclavos africanos fugitivos, durante enfrentamiento entre Francia y Gran Bretaña por las Antillas menores, tomaron partido por la primera, revelándose, asesinando colonos y autoridades; deportados, 1796, a islas desiertas de la costa de Honduras; los españoles les invitaron, poco más tarde, a pasar a la provincia de Trujillo. En 1832, durante las guerras civiles llamadas de independencia, tachados de realistas y castigados con rigor huyeron hacia la Costa, donde se establecieron. Bovallius los conoció en la laguna de Caratasca, Honduras, expertos pescadores de manatís (6-7). Para Conzemius (32-33), estaban al norte del río Tinto, en el litoral, en lagunas y en Pearl Lagoon, Nicaragua y añadía «Todavía hablan el lenguaje ancestral de las Indias occidentales y han retenido muchas de las costumbres indígenas originales».

Son también considerables las referencias a blancos. W.M. a finales del 17 mencionaba tres ingleses; el mayor, de unos 103 años de Bristol, hacía medio siglo asesinó a un hombre en San Cristóbal, huyó en canoa y los nativos de la Costa lo habían recibido amigablemente. Los otros dos, de una expedición pirata que cruzó del Pacífico al Atlántico, prefirieron quedarse allí, «Ahora tienen a su servicio cuarenta indios salvajes, entre esclavos y prostitutas, con quienes hacen una vida de holgazanería y paganismo» (52). Antonio Porta mencionaba forasteros de la Costa, un inglés casado con mestiza, tres más al servicio de un rey déspota en Río Grande, y en «Blewfieds» al coronel Roberto Hodgson «que tiene 200 esclavos negros de ambos sexos y 30 individuos de distintas naciones; ingleses, americanos, franceses, etc.; unos son marineros, otros trabajan en distintas faenas, y algunos están sin ejercicio, esperando proporción de pasar a otro destino». Añadía, Hodgson tiene un bergantín «que trafica hacia las colonias de Norteamérica, y una balandra que cruza a Jamaica y otra que anualmente va a Cartagena, y que la fragata hace un viaje anual a Bristol, cargada de maderas, carey, gomas y peletería» (56-59). El propio Hodgson (69) nombraba doce veleros, 3 iban anualmente a Europa, «los otros están yendo continuamente a New York o Jamaica, pero algunos van primero a la bahía de Honduras a fin de completar su carga con madera rolliza de tinte». Añadía por falta de estímulos, «los colonos miran poco hacia el futuro, descuidan por completo los cultivos excepto para suplirse las provisiones necesarias, y dependen de lo que la naturaleza les ofrece más a mano para el comercio».

Para Brautigam los primeros europeos en la Costa, bucaneros daneses, alemanes, franceses, holandeses e ingleses, entablaron excelentes relaciones con los aborígenes y recuerda notable influencia holandesa en la toponimia de la región. Afirma Oertzen que algunos forasteros eran propietarios de Providence, arruinados por no poder financiar el paso del tabaco al azúcar (exigía más esclavos y un ingenio), se radicaron definitivamente en la Costa comerciando palo campeche a raíz del tratado de Madrid, 1670, que acabó con los bucaneros (16). Para Jenkins los piratas

se aliaron con los miskito, que les proporcionaban alojamiento, protección, comida y pertrechos para las naves a cambio de baratijas, armas y licor (14-15). Zurita copia de Esquemeling que los piratas se emparejaban con mujeres de la Costa y Antonio del Castillo menciona, 1724, en el cabo Gracias a Dios, aborígenes, esclavos fugitivos, además de españoles, franceses e ingleses refugiados (89 y 104).

Levy menta caribes hablando castellano por contacto con nicas «sobre todo por los criminales que, frecuentemente, se refugian entre ellos, para escapar a las persecuciones de la justicia» (139-140); algo parecido constata Gámez, presencia, en el 18, de «criminales escapados de la justicia de las colonias españolas vecinas» (85). Grossmann habla de oriundos de las Indias occidentales llegados después de la quiebra de la Compañía francesa del canal; sin recursos para pagarse el regreso, arribaron costeano y se mezclaron con aborígenes (29-30).

5. La cultura

El análisis enfrenta una notable dificultad, visiones prejuiciadas; hace más de un siglo decía Bovallius, «los mosquitos han sido juzgados de manera muy diferente por los diversos autores y viajeros que les han mostrado algún interés. Los autores españoles no encuentran expresiones bastante fuertes para caracterizar su estado primitivo y su salvajismo, y los acusan, entre otras cosas, de canibalismo. Los autores norteamericanos no tienen tampoco, una alta opinión de ellos, pero les reconocen un que otro lado bueno. Los autores ingleses por el contrario, los celebran por su valor, cortesía e industria./ La poca experiencia de alguna de sus tribus, en particular en relación a los verdaderos mosquitos que yo pude observar, me inclinan a estar de acuerdo con los autores ingleses» (8-9).

Llama primero la atención se mencione, en varias descripciones, un pasado más espectacular y complejo abandonado, precisamente, para poder seguir defendiendo la libertad ante invasores occidentales; mientras Levy en apretada síntesis da una visión global, «Su salvajismo, sin embargo, no tiene nada de hostil, su industria se limita a procurarles los objetos esenciales al mantenimiento de su existencia material» (119-120). Para Hodgson, «Tienen pocas necesidades y se satisfacen con poco y eso es fácilmente procurable. De tal manera que no encuentran necesario ser industriosos. Sin embargo, en caso de necesidad no hay pueblo alguno capaz de hacer más o exigir más de sí mismos» (78). Su facilidad para avituallarse sorprendió a Levy, «en una edad en que los nuestros se consideran todavía como irracionales, los jóvenes caribes saben hacer ellos mismos sus arcos y flechas, y aprovisionan la familia entera con pescados, caracoles, cangrejos, camarones y frutas silvestres. Saben perfectamente salir de apuro en todos los accidentes que pueden sucederles [...], conocen el nombre, las propiedades y el empleo de un sinnúmero de plantas» (142). Se abastecían esencialmente de caza, pesca y recolección, pero conocían la agricultura y eran excentes marineros (Bovallius, 6-7).

Para Levy su moral, «es una resignación suave, ignorante, pero no demasiado embrutecida, y que sería susceptible de permitirles entrar en la corriente de la civilización, si las tradiciones de las antiguas crueldades españolas no estuviesen to-

davía entre ellos en toda su fuerza». Y añadía de inmediato «Presentan este fenómeno moral, tal vez único en el mundo, de ser salvajes, con pleno conocimiento de causa y propósito deliberado» (119).²⁵ Juan de Zavala a finales del siglo 18, en respuesta a cuestionario del capitán general de Guatemala, decía de la «fuerza de los Moscos», «Componen un extraordinario número cuya ignorancia nace de la suma libertad de ellos, de su ningún arreglo, ni subordinación, y de la considerable extensión del terreno que ocupan»; respondía a la quinta pregunta «viven en rancherías o palenques permanentes», a la onceava, si merecían el calificativo de salvajes, opinaba, muchos, «otros algo menos y los hay también bastante racionales»; la treceava versaba sobre el carácter, «Parece que ninguno de todos ellos tiene religión alguna, o si la tienen se ignora totalmente», añadía de forma sorprendente, «como faltos de educación carecen también de costumbres» (38-42). Como dije al inicio del apartado las opiniones de los españoles solían ser peyorativas y chocaban con otras, así el parecer de Thomas Strangeways.²⁶ Armando Rojas, por su parte en tesis reciente, afirma que los miskito, en especial si todavía conservan sus costumbres originarias, tienen una moral coherente vinculada al comunitarismo.²⁷

Hodgson mencionaba la estructura política miskito, un sólo pueblo a todos los efectos dividido en tres estados, en la práctica independientes; en uno, formado por aborígenes, el jefe recibía el nombre de gobernador; en otro, por zambos, le llamaban rey; en el tercero, situado más al oeste y de aborígenes y zambos, le apodaban general. El poder de los tres era casi el mismo, salvo que el rey recibía cierto apoyo de los blancos por el título, y añadía Hodgson «Sin embargo, ninguno de estos jefes tiene mucho más que una voz negativa y nunca emprende cosa alguna sin un consejo de aquellos ancianos que tienen influencia sobre todos aquellos de sus parciales que viven a su alrededor. [...] se podría decir [...] que sus orientaciones son seguidas, más bien que sus órdenes obedecidas, porque aún los hombres jóvenes están exentos de servir al Rey y le dirán que son tan libres como el Rey mismo» (77).

25. La cuestión le dejó totalmente perplejo y desarbolado, páginas más adelante (141) afirmaba «He dicho ya en otra parte que los caribes raciocinan su salvajismo, y hacen consentir la felicidad en disminuir lo más que se pueda el número de sus necesidades. Encuentran ingeniosos argumentos para intentar demostrar al viajero civilizado que comprenden ellos mejor que él la existencia y que le son superiores en muchos conceptos».

26. «The conduct of the people gives a very favourable idea of Indian nature. They are seldom guilty of positive evil, and often rise to positive good, when this better quality does not require much exertion of mind. Then possess modesty, docility, good faith, a disposition to friendship, and gratitude. They have good capacities, a great desire for information, are ingenious in learning any mechanic art, and set about what they undertake with a good will, a circumstance unknown to any of those Indians who are in a object state of submission to their fellow creatures. They are hospitable to each other» (329-330).

27. Y narraba, a continuación lo que le habían contado en una reciente visita a la comunidad de Raiti Pura; sus miembros tenían generaciones recogiendo cocos en unos cayos frente a la laguna de Perlas, pero al volver hacía unos quince años enfrentaron las amenazas de un individuo que dijo ser el dueño de los cayos y que pensaba denunciarlos a las autoridades militares como ladrones. Los miembros de la comunidad pensaron encontrar un salida dedicándose a la pesca de la tortuga, «con la idea de que el mar si era de todos», pero a poco un inspector de caza y pesca se lo prohibió. Indignados se «preguntaban cómo es posible todo esto, como iban a vivir sin el pescado si su subsistencia depende de ello, entonces decidieron seguir con sus costumbres corriendo el riesgo de ser encarcelados por ladrones, pero tienen la esperanza dicen de que un día vengan los ingleses a liberarlos de todos estos vejámenes políticos del gobierno de Nicaragua» (15-16).

Gran Bretaña se mostró interesada, desde el principio, no en conquistar la Costa Atlántica, lo sabía imposible, si no en mantener buenas relaciones con los cimarrones y gozar de un enclave costero que facilitara navegación e intercambios con las Indias, lo que los castellanos tenían por contrabando.²⁸ Según Jenkins, la primera expedición comercial inglesa a la Costa Atlántica llegó, 1633, procedente de Providence; mientras relaciones de tipo político demoraron todavía 90 años; en 1720 Jeremías, rey miskito, viajó a Jamaica y selló convenio con el gobernador, comprometiéndose a enviar hombres, para capturar esclavos fugitivos, a cambio de armas, municiones y botes; en esta época también el capitán general de Costa Rica, Diego de la Haya, pensó negociar, pero la oferta inglesa era, parece, más interesante (Oertzen, 10-14).

6. Sobre la violencia

Recuerdan quienes la denuncian sus múltiples rostros en América y quisiera retener dos casos de la perpetrada en la Costa Atlántica, la de huleros, o buscadores de caucho y la de académicos. Belt denunciaba, hacia 1873, que aquéllos capturaban niños e incluso adultos, los asesinaban para ahuyentar a los demás y contar con terreno libre, hasta tal extremo que, sólo a la vista de un bote por el río Frío, los nativos «abandonan sus casas y corren a la selva en busca de refugio», aprovechando para robar cuanto habían dejado en su huida, incluso criaturas y añadía el naturalista, «La excusa para robar niños es que se traen [a San Carlos] para bautizarlos y cristianizarlos; y me pesa decir que este vergonzoso trato a los pobres indios es disimulado por las autoridades» (29-30).

He mencionado el holocausto de la conquista, recuerdo imborrable en la memoria aborigen, y enmascaramiento de la historiografía española. Pero, en la misma Nicaragua existe óptica pareja; para Rafael Paniagua en el descubrimiento y conquista de América jugaron rol destacado motivos económicos, pero «no se puede negar que hay en la *gesta* española un profundo fundamento espiritual, que la caracteriza y la distingue de las demás empresas colonizadoras. Esa preocupación espiritual por hacer de la conquista del Nuevo Mundo una *crusada* cultural y religiosa, se refleja de manera eminente en el testamento de Isabel la Católica». Y añadía, por si no quedó claro, «Dije que la independencia de América fue el fruto de un largo proceso cultural realizado en nuestro continente por los propios españoles, a través de un bello lenguaje y de una religión sacrosanta: aludía, a la religión católica y a la lengua castellana, los dos pilares más firmes en que se apoya nuestra nacionalidad

28 . Así, pongo por caso, en un oficio real al gobernador y capitán general de Guatemala (San Ildefonso, 23/08/1745), le exigía «perseguir y hostilizar a los indios mosquitos y castigar y cortar en ellos la raíz del comercio ilícito que fomentan y practican con mis enemigos y otros extranjeros» (AGN, Managua, expediente 338). Cuarenta y cinco años más tarde, Antonio Porta informaba sobre lo mismo, «Si hubiese de exponer mi dictamen acerca del método que en toda esta costa se debería establecer para cortar el comercio clandestino que en toda ella se practica, y desterrar los buques ingleses que continuamente la infestan sin dejar de frecuentar los indios, tendría por conveniente que aquí se fundara una colonia» (58-59).

[...]. A la sombra de los monasterios nacieron las primeras escuelas, y luego surgieron los Colegios Mayores, los Seminarios y las Universidades» (10-12).

En apariencia violentar la descripción de peculiaridades de otros pueblos es vicio, en todas las etapas del capitalismo, perpetrado por quienes son incapaces de comprender a los demás; en muestrario de despropósitos mencionaré en primer lugar a Francisco de Mora que decía en su descripción del partido de Chontales, 1743, «Los naturales de este país son muy amigos de esta espesura, y como la tienen tan inmediata se refunden en ella, y allí viven como brutos y ordinariamente mueren sin sacramentos. Los jueces [corregidores] que aquí vienen no los pueden sujetar por este motivo, y cuando no les parece bien el que lo gobierna tocan un tamborcillo y se amotinan contra el corregidor» (43).²⁹ Mencioné sandeces de Juan de Zavala; en marzo de 1803, respondiendo una consulta del gobernador de Guatemala, evidenciaba además ignorancia: decía del riesgo de un ataque miskito por el río San Juan, lo que ya habían hecho y repetirían, «A no ser unidos con los ingleses, tampoco es creíble emprendan ellos expedición alguna contra nosotros, ni contra nadie, por su impericia, por sus ningunos conocimientos, poca subordinación y menos ambición» (117-118).³⁰ Levy no se andaba con chiquitas mencionando costumbres «no conocen religión alguna y tienen sólo prácticas supersticiosas [...]./A pesar de la insuficiencia de este sistema religioso, los crímenes son raros entre esos indios y su honradez es muy notable» (139-140). Y Mendieta, ideólogo del centroamericanismo, olvidando canalladas de los conquistadores, decía del zambo, unido «a los filibusteros y a los ingleses hostigó [...] a las poblaciones españolas del interior con terribles incursiones en que todo se llevaba a sangre y fuego, raptando de paso a cuanta mujer se hallaba» (II, 51).

Por desgracia parece difícil escapar de esta visión desenfocada por el eurocentrismo, Romero, en su ejemplar tesis sobre la Nicaragua del siglo 18, dice para explicar los ataques de los cimarrones a la zona controlada por los castellanos, «a nuestro parecer, la razón fundamental [...] era la precaria existencia de estos grupos humanos que se hallaban en un estado técnico bastante primitivo y se sentían atraídos por los hatos inmensos que pastaban en los llanos chontaleños» (335);³¹ parece exagerado pensar que atacaban sólo para conseguir carne y maíz, pues hay información suficiente, sobre la facilidad con que se abastecían, y sobre el antagonismo entre cimarrones y españoles, recordaban a la perfección el etnocidio.

29 . Dos páginas más adelante salía con una descripción bien poco original: «Las habitaciones de estos salvajes son sin unión política, andan divididos en trozos, hoy en esta quebrada, mañana en la otra, sin superior sin régimen ni gobierno. De tal suerte que van siguiendo en todo el instinto de los monos, esto es, parar donde hay fruta, y en acabándose buscar otra parte donde la haya».

30 . He tomado el final de esta respuesta para titular este trabajo.

31 . Algo similar opinaba Hernández Sánchez-Barba hablando del norte de la Nueva España, «Los apaches hacían la guerra por dos razones: o por odio o por utilidad. El odio por razones sociales; y la utilidad, por la necesidad en que vivían, pues al no sembrar la tierra, ni cultivarla, ni tener ganados, habían de buscar los alimentos quitándoles a los españoles lo que necesitaban para su subsistencia» (51). Y me pregunto si los españoles lo producían o se lo quitaban a terceros.

Bibliografía

Abreviaturas

CIDCA, Centro de Información y Documentación sobre la Costa Atlántica, UCA, Managua.

RCPCA, Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano, Managua.

ARELLANO, Jorge Eduardo

«Granada la llave de Centroamérica y los piratas», *RCPCA*, 77(febrero), 1967, 50-56.

BELT, Thomas

El naturalista en Nicaragua, Managua, 1976, Banco Central de Nicaragua, 311 (Escrito en 1873).

BELTRÁN Y RÁZPIDE, Ricardo

La mosquitia, Madrid, 1910, Imprenta del Patronato de Huérfanos, 50.

BONFIL BATALLA, Guillermo

México profundo. Una civilización negada, México, 1990, Grijalbo, 250.

BOVALLIUS, Carl

«Viaje por Centroamérica, 1881-1883», *RCPCA*, 35(ago 1963) a 39(dic 1963).

BRAUTIGAM BEER, Donovan

«Apuntes para una historia de nuestra Costa», *La Prensa*, Managua, 19/05/1970 a 18/06/1970.

CONZEMIUS, Eduard

Estudio etnográfico sobre los indios miskitos y sumus de Honduras y Nicaragua, San José, 1970, Libro Libre, 336 (1ª edic. 1932).

COSÍO VILLEGAS, David

Historia moderna de México, México, 1956, Editorial Hermes, 3 vols.

DABDOUB, Claudio

Historia de el Valle del Yaqui, México, 1964, Porrúa, 426.

GÁMEZ, José Dolores

Historia de la costa de mosquitos, Managua, 1939, Talleres Nacionales, 346.

GROSSMANN, Guido

La Costa Atlántica de Nicaragua, Managua, 1988, Ministerio de Cultura, 90 + XXXI.

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario

La última expansión española en América, Madrid, 1957, Instituto de Estudios Políticos, 324.

HODGSON, Roberto

«Primera versión sobre la situación de esta parte de América llamada la costa de Mosquitos, 1757", *Wani*, Managua, 7(ene-jun, 1990), 65-80.

HOOVER, Ray

«Orígenes de la población negra de habla inglesa de la Costa Atlántica», fotocopia incompleta, CIDCA, D-0010.

INSTITUTO DE ESTUDIOS DEL SANDINISMO

Primeros pobladores:(miskitos, sumus y ramas), fotocopia spi, CIDCA, D-00230.

JENKINS MOLIERI, Jorge

El desafío indígena en Nicaragua: el caso de los Miskitos, México, 1986, Katún, 301.

———, «La mosquitia nicaragüense: articulación de una formación precapitalista. Su historia», *Estudios sociales Centroamericanos*, 25(ene-abr 1978), 9-53.

- LÁZARO DE ARREGUI, Domingo
Descripción de la Nueva Galicia, Edición y estudio de François Chevalier, Sevilla, 1946, EEHA, 161.
- LEIVA VIVAS, Rafael
Tráfico de esclavos negros a Honduras, Tegucigalpa, 1982, Guaymuras, 159.
- LEVY, Pablo
 «Notas geográficas y económicas de la República de Nicaragua», *RCPCA*, 59-63(ago-dic 1965), libro del mes. (Edición francesa, París, 1873, Librería Española)
- LÓPEZ CÁMARA, Francisco
Tres apuntes sobre la historia de México, Mexico, 1966, Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, 26.
- MEDINA, Alberto
Efemérides nicaragüenses, 1502-1941, Managua, 1945, Editorial La Nueva Prensa, 277.
- MENDIETA, Salvador
La enfermedad de Centro-América, Barcelona, 1934, Maucci, 3 vols.
- MENDIZÁBAL, Miguel O. de
La evolución del noroeste de México, México, 1930, Publicaciones del Departamento de la Estadística Nacional, 140.
- MONTENEGRO, Sofía
Memorias del Atlántico, Managua, sf, Editorial El Amanecer (Barricada), 191.
- MORA Y PACHECO, Francisco de
 «Relación geográfica del partido de Chontales, 1743», *Wani*, Managua, 7(ene-junio, 1990), 41-49.
- NAVARRO GARCÍA, Luis
Sonora y Sinaloa en el siglo XVII, Sevilla, 1967, EEHA, 336.
- OERTZEN, Eleonore von
 «El colonialismo británico y el reino misquito en los siglos XVII y XVIII», *Encuentro*, Uca, Managua, 24-25(abr-sep, 1985), 5-28.
- PANIAGUA RIVAS, Rafael
 «La obra de España en la independencia de América», *RCPC*, 97(oct, 1968), 10-13.
- PATAKY, Laszlo
Nicaragua desconocida, Managua, 1956, Editorial Universal, 83.
- PFEIFER, Andréas
 «Les indiens miskitos au Honduras et au Nicaragua: contexte historique et actualité», Université de Toulouse-Le Mirail, projet de recherche, octubre 1985, 66.
- PORTA COSTAS, Antonio
 «Relación del reconocimiento geométrico y político de la Costa de Mosquitos (...) de 1790», del Archivo Militar de Madrid, *Wani*, (ene-jun 1990), 51-61.
- RADELL, David R.
 «The Indian Slave Trade and Population of Nicaragua during the sixteenth Century», en William M. Deneven (ed.), *The native population of the Americas in 1492*, Madison, 1976, University of Wisconsin Press, 67-76.
- ROJAS SMITH, Armando
 «Origen histórico y situación jurídica de las comunidades indígenas miskitas», UNAN, León, 1988, tesis de licenciatura mecanografiada, 58.

- ROMERO VARGAS, Germán
Las estructuras sociales de Nicaragua en el siglo XVIII, Managua, 1988, Vanguardia, 544.
- SALVATIERRA, Sofonías
Síntesis histórica de la costa de los Mosquitos, Managua, 1958, Tipografía Progreso, 41.
- SANTA MARÍA, Fray Vicente de
Relación histórica de la colonia del Nuevo Santander, México, 1973, UNAM, 191.
- SHERMAN, William L.
 «La esclavitud indígena y las reformas de Cerrato», *RCPCA*, 152(jul-sep 1976), 62-75.
- STRANGWAYS, Thomas
Sketch of the Mosquito shore, Edinburgh, 1822, William Blackwood, 355.
- W.M.
 «Los indios miskitos y su río Dorado. Sencilla descripción (...). Escrita alrededor del año de 1699», *Nicaráuac*, Managua, 8(oct 1982), 47-65.
- WILSON, John F.
 «Obra morava en Nicaragua: trasfondo y breve historia», Seminario bíblico latinoamericano, mecanografiado, San José, 1975, 89.
- ZAVALA, Juan de
 «Consulta del MIS don Josef Domas del Consejo de SM (...) presidente gobernador y capitán general del Reino de Guatemala. Contestación de don _____», *Nicaráuac*, Managua, 8(oct, 1982), 115-120.
- , «Varias noticias del río San Juan, Yslas adyacentes de la costa de los mosquitos ... (años 1791 a 1804)», Manuscrito de la biblioteca del Depósito Hidrográfico de Madrid, *RCPCA*, 57(juni 1965), 35-46.
- ZURITA, Antonio Carlos
 «Cariari, Taguzgalpa y Mosquitia (Política colonial española hacia la Costa Atlántica de Nicaragua)», tesis mecanografiada, Managua, 1987, UCA, 210.